

Arqueología para un futuro incierto... o crónicas del desencuentro

Archaeology for an uncertain future... or divided
we have fallen

DESIDERIO VAQUERIZO GIL

Grupo de Investigación *Sísifo* (PAIDI HUM-236)
Universidad de Córdoba. Facultad de Filosofía y Letras
Plaza del Cardenal Salazar, 3, E-14003 Córdoba
dvaquerizo@uco.es

«El desarrollo urbanístico despiadado y ‘la cultura del pelotazo’ han significado, a juicio de muchos, seguramente la mayor destrucción masiva de patrimonio arqueológico a la que ha asistido este país a lo largo de su historia», afirma M.Á. Cau en su contribución a este debate. Su aseveración, que aun cuando con comedimiento, supuesta la diversidad de casuísticas, yo sí suscribo (también, en líneas generales A. Ribera, de intensa y contrastada experiencia en la arqueología de gestión), tiene contundencia suficiente como para servir de dramático colofón a un bloque que no ha pretendido sino poner sobre la mesa algunas claves del problema, la necesidad que empezamos a sentir cada vez más profesionales de hacer balance, de sentarnos serenamente a dialogar, indagar en lo que nos une (que también lo hay) y encontrar vías de futuro y de encuentro desde la transigencia, el consenso, la búsqueda de la cohesión, los objetivos comunes y la más estricta y vinculante deontología. A partir de ahí cabe, lógicamente, matizar todo lo que se quiera, entrar en disquisiciones sobre las causas concretas que han provocado el desastre o sobre el nivel de responsabilidad de cada cual; algo en lo que, es obvio, jamás nos pondremos de acuerdo. En primer lugar, por una lógica, saludable y sin duda necesaria disparidad de criterios: conceptuales, heurísticos, incluso metodológicos; en segundo, porque cada uno habla siempre desde sus respectivas formación y experiencia y, por más objetividad personal o científica que intente aplicar a sus opiniones, acaba siempre dejándose influir por el peso ineludible de su propio equipaje.

Quede, no obstante, una cosa clara, antes de continuar: mi intención no ha sido nunca la de cargar las tintas sobre nadie; tampoco el menosprecio o la minusvaloración de sector alguno de la profesión, bajo ningún punto de vista. Nada más lejos de mi ánimo. Por eso, si en algún momento de mi texto da esa impresión, pido disculpas sin fariseísmos. De la primera a la última palabra del mismo trato de hacer profunda autocrítica, de realizar un análisis quizás apasionado y vehemente pero siempre imparcial, de reflexionar públicamente desde la humildad (a veces también desde cierta amargura) sobre qué nos ha llevado a esa «quiebra ética y estética» de la que tan lúcidamente habla A. Ribera en su texto; y una vez ahí rastrear soluciones. Cosa muy diferente es que lo consiga... De entrada, cuando uno se expone en el foro no puede pretender gustar a todo el mundo, o que el resto de los colegas rubriquen sin más sus consideraciones; sobre todo si éstas resultan poco ortodoxas o complacientes.

Aun así, mis propuestas fundamentales coinciden en buena medida con las que sugieren los otros participantes en el foro: es preciso replantear la disciplina en sus aspectos teórico, académico, metodológico y profesional (entendido siempre este último adjetivo en sentido amplio); reformularla epistemológica e instrumentalmente a partir de la experiencia, positiva o negativa, acumulada en estas últimas décadas; identificar sin prejuicios los errores y, a partir de un correcto diagnóstico (por descarnado o duro que pueda resultar), explorar vías para impedir que puedan reproducirse; reivindicar legislaciones más acordes con la nueva casuística, a través de las cuales las administraciones responsables establezcan niveles de compromiso más intensos y activos con la arqueología, la profesión (aún pendiente, como es bien sabido, de reconocimiento oficial), los ayuntamientos y la universidad —entre otros—, tendiendo puentes, no dinamitándolos; potenciar aquello que tenemos en común en aras de un mayor corporativismo; estrechar lazos desde el respeto sin concesiones, la flexibilidad epistemológica y de carácter, la tolerancia hacia el resto y la empatía; también, como no podría ser de otra manera, desde el esfuerzo sin fisuras, la claridad de ideas, la capacidad y el mérito. O se pone orden en el colectivo, sobre la base de criterios manifiestos de rigor, solvencia, formación y autoexigencia, terminando de paso, entre otros aspectos igual de trascendentes (*vid. infra*), con el modo de entender la arqueología como un mero acto administrativo-burocrático al servicio de la liberación del suelo y los intereses coyunturales y/o mercantiles, o seguiremos devorándonos sin piedad entre nosotros.

De entrada, hay una cierta coincidencia (me refiero siempre a quienes sostenemos este debate) en que el futuro más o menos mediato de la arqueología entendida en su conjunto parece seriamente amenazado... Soy bien consciente de que afirmar esto cuando a día de hoy existen universidades o grandes equipos de investigación que desarrollan proyectos millonarios puede resultar un tanto chocante, incluso incongruente, para muchos. No obstante, en éste, como en todos los demás casos hablo de manera genérica y afán generalizador, con lo que implica de injusto siempre para quienes no se atienen a la media. De todos modos, la afirmación trasciende coyunturas concretas y tiene más de filosófica, incluso de premonitoria e inquietante, que otra cosa. Lo que intuimos quienes sostenemos dicha premisa es que tras varias décadas de crecimiento descontrolado —y un hundimiento

aún más traumático, de la mano de una privatización de la arqueología sin precedentes («liberalización, dirían algunos», en palabras de nuevo de A. Ribera)— algo está cambiando, y en consecuencia sería el momento idóneo para orientar correctamente esa madurez añadida, rentabilizándola; hacer de verdad examen de conciencia; poner pie en pared y comprobar si el futuro al que nos encaminamos es el más indicado. Por supuesto, insisto, entendiendo siempre la arqueología en sentido global y holístico, sin bajar a detalles o entrar en matices. Son tantas las variables que resulta poco menos que imposible ajustar la argumentación a todas ellas. Quizás, en el fondo, lo que yo al menos trato de decir es que percibo síntomas graves de alarma (bien señalados por los diferentes autores que me acompañan en este pequeño foro; especialmente, M.Á. Cau) y, cuando eso ocurre, lo lógico es identificar el peligro y tomar precauciones; pero también debo reconocer que soy bien consciente, al tiempo, de la conmiseración, la displicencia o incluso el desdén con el que más de uno leerá mis palabras. Sigo sosteniendo que soberbia, egos desmedidos, actitudes vindicativas y mafiosas, menosprecios, carácter excluyente, envidias... constituyen algunos de los patógenos más agresivos, letales y difíciles de erradicar que nos afectan.

Como todos, persigo —muy poco pragmáticamente, lo reconozco— la utopía (el idealismo se alimenta casi siempre de una cierta ingenuidad), pero nunca he dejado de tener los pies en el suelo. Existen modelos como el inglés, tan bien traído a colación por M.Á. Cau, que sin ser perfecto ha dado solución a algunos de nuestros problemas más llamativos. ¿Por qué no volver la vista a él, o a otros? Por fortuna, la arqueología ha acumulado más experiencia en los últimos cincuenta años que en su ya larga historia, y no faltarán referentes. Todo, antes que alimentar (incluso potenciar) las actitudes cainitas o destructivas, a las que por desgracia somos tan dados. O defendemos conjuntamente la arqueología entendida de manera integral, científica por definición y método con independencia de su modalidad, pero también necesitada de gestión; comprometida sin fisuras con la investigación, la defensa, la conservación, el fomento y la divulgación del patrimonio exhumado; sabedora en todo momento de que, además de la comunidad científica, el objetivo último del conocimiento generado es la sociedad que nos sostiene, o difícilmente conseguiremos hacernos oír; incluso, si se me apura, sobrevivir más allá de determinados círculos de elite sostenidos casi siempre por una intrincada red de relaciones, componendas y favoritismos. Nos cercan demasiados enemigos, y éstos cuentan con muchas quintas columnas.

Así las cosas, se comprenden mejor reivindicaciones consuetudinarias; entre ellas, la de erradicar vicios privados más o menos públicos, como el servilismo, el nepotismo y la endogamia (quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra...); la creación urgente de un mayor número de centros específicos de investigación arqueológica, planificación y transferencia de sus resultados; la materialización generalizada, apenas satisfecha hasta el momento, de la figura del investigador universitario, necesitado, como todos, de técnicos intermedios de apoyo; la activación de tasas de reposición que garanticen el relevo generacional por parte de los mejores, al margen de amiguismos, traiciones, intrigas cortesanas y puñaladas traperas, o la necesidad creciente de internacionalización, que nos haga mejores, más dúctiles y competitivos, y favorezca las iniciativas y los proyectos conjuntos.

No podemos movernos sistemáticamente en la paradoja de calificarnos a nosotros mismos de investigadores y entender que una excavación arqueológica (por hablar solo de la parte más visible, fascinante y también controvertida de nuestro trabajo) pueda no ser abordada con criterio científico. Ya he defendido en otras sedes que no puede existir difusión sin investigación (también lo hace, de modo categórico, M.Á. Cau en su texto), pero tampoco arqueología sin interpretación histórica. Y esto me parece absolutamente irrenunciable. Defiendo sin ambages el carácter multidisciplinario, interdisciplinario y/o transdisciplinario de la arqueología, desde la independencia científica y la más pura complementariedad, en eso que muchos han dado en llamar «historia total». Ni somos una técnica al servicio de nadie, ni se puede negar que los grandes avances en la historia antigua y medieval de este país han venido últimamente de la mano de nuestra disciplina, ni tampoco que necesitamos de las fuentes para contextualizar adecuadamente nuestro trabajo. Por eso, mejor caminar de la mano, sin necesidad en ningún momento de perder un ápice de independencia o vivir angustiados por la amenaza de la absorción y consecuente desaparición.

No entenderé jamás el afán de crecer a costa de sacrificar a otros, ni siquiera cuando se plantea como optimización de recursos. En esto, los departamentos, las áreas, los grupos de poder, las escuelas y la tradición propia de cada universidad (al margen de las políticas universitarias y la capacidad de adaptación de cada una) tienen sin duda mucho que decir, y muy posiblemente las dinámicas particulares, los intereses, sean diferentes entre sí: de ahí la necesidad de fijar objetivos comunes para, aun sobre la base de pequeñas renunciaciones y de evitar particularismos, luchar en pro del mismo fin. Solo así conseguiríamos transmitir a quienes corresponda que la arqueología como profesión puede adoptar muchas formas, pero no deja de ser siempre una.

Acepto, por otra parte, que en los últimos treinta años se haya generado más información histórica que en todo el resto del siglo xx; también, que gracias a la locura excavadora generada por el *boom* inmobiliario hayamos podido conocer yacimientos que de otro modo jamás hubiéramos excavado. Lo que me parece fuera de discusión por evidente es la desproporción, terrible, entre inversión económica, tierra removida, desgaste social y pérdida de archivos históricos y el saber generado, el tejido patrimonial añadido al ya existente con carácter previo y la impresión proyectada sobre nosotros mismos como colectivo, más preocupados con frecuencia por el tema «laboral» y la ganancia económica o mercantil que por el «profesional» y la formación sostenida, como acertadamente indican C. Benet, A. Rigo y A. Ribera. Como en tantos otros aspectos, habrá casos y casos, pero algunos de ellos son realmente dramáticos, sin que esto quite mérito a quienes se han dejado la piel para que así no fuera, o aminore los esfuerzos de administraciones, empresas, particulares y, por qué no decirlo, algunas instituciones universitarias (arrostrando en ocasiones el sambenito de la competencia desleal, no siempre justificado) por poner orden en el caos. No se puede cambiar el color de las cosas, por mucho que nos disguste.

Ha fallado, pues, el modelo en su conjunto y, por más que algunos lo rechacen, en modelo y fracaso estamos implicados todos, de ahí la necesidad de corregir sesgos en aras

de un futuro, si no mejor, sí al menos diferente o positivo. Por primera vez contamos con titulaciones específicas en Arqueología que como mínimo introducen un factor corrector en la situación vivida hasta ahora. Sin embargo, más allá de sus contenidos específicos, de la problemática que incorporan en cada caso, o de que han nacido cuando menos expectativas laborales pueden ofrecer, lo cierto es que nadie parece tenerlas en cuenta, y en ese nadie incluyo en primer lugar a las administraciones responsables de los respectivos cuerpos legales. Como bien afirma en su texto M.Á. Cau, parece obvio que en el siglo XXI quepa exigir que un profesional de la arqueología haya estudiado Arqueología. ¿Por qué, entonces, no ocurre? ¿Qué nivel de responsabilidad sobre ello nos corresponde a cada uno de nosotros? En esto, como en lo demás, que cada cual mire hacia adentro y aguante como pueda su vela.

En otro orden de cosas, cuando hablo en mi texto de arqueólogos «comerciales», no lo hago de ninguna manera con afán peyorativo. Antes de elegir ese calificativo le di mil vueltas; lo discutí incluso con el consejo editorial de *Pyrenae*, porque personalmente prefiero el más genérico de «profesional» (A. Ribera añade al debate el de «empresarial»). En cambio, se me argumentó con toda razón que profesionales somos todos. No soy por otra parte el primero que lo utiliza: fueron los arqueólogos autónomos y «de empresa» (porque de ambas realidades se nutre la profesión) los primeros en calificarse así. Podría poner mil ejemplos. Entiéndase, por tanto, como un simple convencionalismo, sin más carga añadida. Lo importante, a mi juicio, es la idea. ¡De alguna manera tenemos que llamarnos...! Lo mismo ocurre cuando afirmo que «la crisis ha devuelto las cosas a su sitio». En realidad, lo que pretendo decir es que posiblemente la crisis nos ha devuelto a nuestra verdadera dimensión, aludiendo con ello a que durante los años del «pelotazo» vivimos nuestra propia burbuja. Discúlpeame en cualquier caso si no he sabido expresarme con la debida precisión.

Respeto profundamente a todo aquél que practica la arqueología desde la profesionalidad y el rigor, ya sea en la academia, el campo o la calle. Para hablar en puridad, lo único que cambian son las vías de financiación, quién paga y cómo se cobra. Recuerdo aquí, como prueba de aquello, que cuando hace más o menos una década pusimos en marcha el *Máster interuniversitario en Arqueología y Patrimonio. Ciencia y Profesión*, sostenido por las universidades de Córdoba, Huelva, Málaga y Pablo de Olavide, y hoy desaparecido, lo primero que hice como director del mismo en Córdoba fue contactar con CODEX para firmar un convenio con sus directivos y que nuestros alumnos pudieran hacer prácticas en la empresa. Seguramente C. Benet y A. Rigo lo recuerdan. Siempre he sido un fiel partidario de contar con todo el mundo, de no cerrar los ojos a la realidad; lo que no ha evitado que sea particularmente crítico con quienes no han realizado bien su labor por incapacidad, ineptitud, falta de formación o intereses creados, como creo entender que les ocurre también a ellos. Por eso, aplaudo y suscribo sin matices su propuesta de propiciar sinergias. Es más, en el fondo estamos mucho más de acuerdo de lo que podría parecer a simple vista; a mi juicio nos separan solo algunos aspectos formales que responden más bien a formas de expresión, enfoques, formación y, cómo no, experiencias vitales —también expectativas— diferentes.

No hay que olvidar que en mi contribución a este debate pongo siempre el foco especialmente en Andalucía y, de manera más específica, en Córdoba. Si el resto de participantes en el foro conocieran con detalle la dinámica seguida por esta ciudad durante los años del «pelotazo», entenderían sin duda mis razones; que en cualquier caso, como especificaba más arriba, parten sin excepción de la más rigurosa autocrítica. Los treinta años analizados coinciden casi exactamente con los de mi propia carrera profesional, y nadie que haya estado en activo durante ese período es ajeno a lo ocurrido, aun cuando los niveles de responsabilidad varíen. Jamás he lanzado críticas que no obedezcan primero a una profunda reflexión frente al espejo. La verdad absoluta no existe, mucho menos cuando todo el mundo tiene su parte de razón. Creo dejarlo entrever en mi artículo, a pesar de que he procurado de modo consciente no entrar a fondo en muchos asuntos. No me muevo entre tópicos. Sé muy bien de lo que hablo porque lo he vivido, con más frecuencia de la que a mí mismo me habría gustado en primera línea. La realidad, o por lo menos la experiencia que yo he tenido de la misma, son infinitamente más desgarradoras de lo que podría deducirse a partir de mis palabras.

Albergo, en ese sentido, serías reservas sobre la afirmación de C. Benet y A. Rigo, muy posiblemente no tan rotunda como podría derivar de una primera lectura, de que no en toda excavación arqueológica (sobre todo cuando se trata de intervenciones preventivas o de urgencia) haya que buscar resultados científicos en sentido estricto. Desde el momento mismo en que se afectan los niveles del suelo se está actuando de manera irreversible sobre el registro estratigráfico de un yacimiento único e irreplicable. No caben, pues, excusas en cuanto a las exigencias del máximo rigor en el registro; tampoco, en cuanto a las preguntas que se deben realizar a lo excavado, por más que eso obligue a los arqueólogos responsables a documentarse en profundidad sobre épocas y problemáticas muy diferentes (toda estratigrafía incluye cierta diacronía; se trata, pues, de una premisa inherente a la propia disciplina).

Puedo llegar a entender, en definitiva, que determinados arqueólogos centren su labor en excavar y nunca publiquen, pero jamás que con base en ese argumento dejen de extremar la precisión en el registro y plantear hipótesis. Esto es, de nuevo, innegociable, más aún si cabe cuando hablamos de ciudades históricas. Desde este punto de vista estoy plenamente de acuerdo con la opinión mayoritaria de que la arqueología preventiva, comercial, de urgencia, «de las prisas» o como queramos llamarla debería insertarse siempre, sin excepción, en el marco de proyectos de investigación más amplios, especialmente idóneos para ir encajando en el puzle cada una de las piezas obtenidas de manera independiente. Justo lo que intentamos hacer en Córdoba con el convenio entre la Gerencia Municipal de Urbanismo y el Área de Arqueología de su Universidad entre 2001 y 2011, frente a la oposición expresa y activa de alguna que otra Administración y de un buen número de colegas, «profesionales» y también de otros ámbitos, que tildaron de ambición, injerencia y competencia supuestamente desleal lo que solo fue un intento racional y algo aventurado (por lo expuesto, sin contrapartidas) de minimizar el desastre; intento que a nivel personal me generó muchos y graves quebraderos de cabeza, infinitas frustraciones, ningún beneficio económico y mermas irreversibles en la salud.

De nuevo, si me expreso con tanta contundencia es porque conozco a la perfección los entresijos del asunto, por haberlo vivido. Algún día, cuando alguien se atreva a indagar de verdad en las profundidades de la etapa analizada (en Andalucía, al menos), quienes no sean parte interesada y por tanto mantengan una cierta objetividad entenderán hasta qué punto me quedo corto en esta semblanza.

Esta particular experiencia, en uno de los yacimientos más completos, complejos y exigentes de España, explica tal vez mi pesimismo al respecto. Y que conste que con él no pretendo exculparme de nada. Me limito a sumar dos y dos, por más que me gustaría que las cosas fueran de otra manera. En Córdoba al menos, habrá de pasar una generación como mínimo para que el panorama empiece a clarificarse algo. En estos momentos hay demasiado resentimiento acumulado, demasiada inquina, demasiados desencuentros (también mucho miedo: el precio a pagar por la disensión en tiempos de docilidad exacerbada es muy elevado, y no todos pueden satisfacerlo). Y esto es así le pese a quien le pese, por mucho que algunos intenten disimular las heridas con paños calientes, lo que no es óbice para que modestamente preconice sin dudar un instante lo mismo que defendía líneas arriba: unión y autocrítica frente a encono y hedonismo.

Por lo que al Grupo de Investigación que dirijo se refiere, lo intentamos hacer a diario desde el más absoluto de los compromisos con la disciplina y con nuestro entorno, sin entrar jamás en provocaciones, capeando temporales como buenamente podemos, y aguantando con inquebrantable estoicismo marginaciones, zancadillas, difamaciones, desaires y portazos en la cara. Lo puedo decir más alto, pero no más claro. La arqueología española también es esto, y quien no esté de acuerdo es porque nunca ha bajado a la arena. Los abanderados en un ejército son los más visibles y vulnerables, y también los primeros que caen; circunstancia que agrava siempre el ensañamiento...

Vivimos tiempos de incertidumbre, en los que elegir la arqueología como profesión resulta cuando menos arriesgado. Lo notamos mucho en la universidad: en los últimos años ha bajado sustancialmente el número de vocaciones, sin duda ante la falta de expectativas que observan los más jóvenes. Por eso decía que los nuevos títulos han nacido muertos. Sin embargo, es obvio, más allá del pesimismo o del desasosiego hay futuro, y quienes estamos actualmente en activo tenemos la obligación moral e incuestionable de mostrar el camino, de intentar a diario abrir nuevas vías, de ensayar una y otra vez fórmulas y modelos, de concienciar a la sociedad y a la clase política, de luchar si es necesario con denuedo contra el inmovilismo o los palos en las ruedas por parte de quienes prefieren permanecer a resguardo en sus respectivas poltronas.

El futuro llegará, aunque nosotros no formemos parte de él, y la arqueología entonces será (o debería ser) lo que quienes actualmente se inician en ella hayan decidido; al menos, en parte. Y digo 'en parte' porque ahora es el momento de trazar a una esa senda inédita, de que las nuevas generaciones peleen por corregir cuantos sesgos consideren erróneos, de exigir a quienes cuenten hoy con capacidad de decisión que trabajen para ellos y no solo en beneficio propio; todo sin perder nunca de vista a la ciudadanía, a esa tan traída y llevada sociedad que es corresponsable con nosotros de la herencia patrimonial recibida y tiene en

su mano la posibilidad de potenciarla o de hacer lo contrario. También desde este punto de vista serán necesarios cambios legales de importancia. La arqueología, que de todos modos en un futuro próximo habrá de primar por delante de la excavación el trabajo estricto de laboratorio e interpretación del ingente volumen de información acumulada en las últimas décadas (si es que solucionamos el problema del libre acceso a los archivos, a día de hoy cerrados a muchos investigadores), no puede ser una rémora; por el contrario, ha de ser entendida como recurso, seña de identidad, motivo de orgullo y yacimiento de empleo, y para que eso ocurra es fundamental la educación, demostrar empíricamente que no somos una entequeia; algo que sí está en nuestras manos.

En contra de lo que defienden algunos, no existen arqueólogos de primera o de segunda; existen arqueólogos buenos y malos, como en todas las profesiones y con independencia de a qué se dediquen. Se trata, pues, de potenciar a los primeros y corregir o formar mejor a los segundos, procurando en cualquier caso la excelencia científica y mejorar de paso nuestra imagen social. En estos momentos el balance global de lo realizado en los treinta últimos años es, al menos por lo que se refiere a la arqueología preventiva y de urgencia, es, por desgracia, altamente negativo. Si con este pequeño foro conseguimos de alguna manera despertar el debate, provocar la reflexión y la autocrítica, unir en lugar de separar, limar asperezas en vez de levantar nuevos muros, generar cohesión en lugar de seguir alimentando rencores y la desestructuración estéril..., nuestro objetivo se habrá cumplido; pero tal fin será posible únicamente desde el respeto, la educación, la generosidad de carácter, la humildad, las actitudes constructivas y, por supuesto, una exaltación globalmente asumida de la diversidad y de la ética más estricta. Valores todos ellos que, sin el menor género de dudas, también son posibles en nuestro colectivo, por más que en los tiempos que corren algunos no los practiquen, o les cueste entender lo que significan.

* * *

Quiero, en último término, mostrar mi más profundo agradecimiento a los diversos autores que se han avenido a participar en este debate a partir de mi texto, por su predisposición a la dialéctica desde la cortesía y la gentileza. También, en particular, a la dirección y al consejo editorial de *Pyrenae* —a la que felicito de paso por su cincuenta aniversario, longevidad reservada solo a las grandes— por la magnífica disposición con que acogieron mi trabajo, el respeto absoluto a mis opiniones, la deferencia en el trato y, también, por supuesto, que me hayan dado la posibilidad de cerrar este pequeño debate con unas últimas impresiones (mucho más subjetivas) al hilo de las expresadas por quienes lo han alimentado. Siempre, que quede constancia explícita de ello, desde la contención, la mesura y una actitud edificante a la que, desafortunadamente y en contra de mis propios deseos e intenciones, le ganan hoy por hoy la batalla con demasiada frecuencia el desencanto y un cierto escepticismo. Ya lo dije más arriba: cada uno es fruto de sus propias circunstancias...